

La nueva táctica

Karl Kautsky

(*Die Neue Zeit* año XXX, volumen 2, 1912)

I El método	1
1 Introducción.....	1
2 Clase y masa.....	2
3 El instinto de la masa	3
4. Huelga de masas y guerra.....	6
5 Guerra e invasión.....	7
8 Marxismo simplificado.....	9
II La organización	10
1 Organización y carácter.....	10
2 Los instrumentos de fuerza de las organizaciones.....	11
3 El riesgo para las organizaciones por causa de sus adversarios	13
III La acción de masas.....	14
1 ¿Qué significa la nueva táctica?.....	14
2 Radicalismo pasivo	16
3 La actividad revolucionaria	17
IV La conquista del poder del estado.....	19
1 La destrucción del estado	19
2 Poder del estado y huelga de masas	21
3 Gobierno y parlamento.....	21
4 La decadencia del parlamentarismo	22
5 Acciones directas.....	23
6 Cretinismo parlamentario y de otro tipo.....	26

I El método

1 Introducción

Los últimos meses han traído demasiada actividad polémica en el interior del partido. A pesar de ello, la disputa con el amigo Pannekoek no me resulta inoportuna. Promete, más que las demás polémicas de los últimos tiempos, hacer un aporte para la imparcial clarificación de diferencias.

El punto de partida de la crítica de Pannekoek es la serie de artículos que publiqué el último otoño sobre *La acción de masas* en la *Neue Zeit* (XXX, 1, números. 2, 3, 4 [ver enlace en esta serie de Alejandría Proletaria, NdE]) motivados por los desórdenes que tuvieron lugar poco antes en Inglaterra, Francia y Austria, luego de gigantescas huelgas (en Inglaterra en agosto), así como de manifestaciones contra la carestía (en Francia y Austria durante setiembre). En estos desórdenes tomaron parte sobre todo masas no organizadas. Esto me llevó a investigar si, junto a las luchas de los trabajadores organizados, “ese modo especial de acción de masa que se designa sumariamente como acción de calle” habría de jugar nuevamente un papel en un futuro próximo, y de qué tipo sería.

Llegué a la conclusión de que, dada la constante agudización de las contradicciones de clases, la carestía y el peligro de guerra, una temporaria actividad conjunta del proletariado organizado con masas no organizadas, desempeñarían un importante papel grandes acciones, repentinas y espontáneas. Teniendo en cuenta lo imprevisible que son las masas desorganizadas, introducirían un elemento catastrófico

en el desarrollo político, semejante al que crearon en Europa desde 1789 hasta 1871. De esa particularidad de la situación no se deduce sin embargo la necesidad de una nueva táctica para nuestro partido.

Pannekoek es de opinión contraria. Él quiere demostrar que es necesaria una nueva táctica. A tal fin, discute el *método* de mi artículo y lo rechaza. Paralelamente desarrolla los conceptos de *organización, acción de; masas, poder del estado*, para fundamentar la nueva táctica que considera necesaria.

Por cierto, que Pannekoek no describe la táctica que preconiza con la deseable claridad. Quedan algunas zonas oscuras, algunos malentendidos son posibles. De cualquier modo, basta lo expuesto por Pannekoek para mostrar que la diferencia entre sus amigos y yo no surge, como algunos de ellos opinan, de un viraje de mi parte, sino de las exigencias completamente nuevas que ellos plantean.

Pero Pannekoek descubre también que yo me he vuelto infiel a mi marxismo: en el *método* que utilicé en mis investigaciones sobre la acción de masas.

2 Clase y masa

Primero nos ocuparemos de ese método, que despierta en Pannekoek las más serias dudas. Que el método es decididamente malo, se le aclara definitivamente por un solo hecho: yo no llego a resultado alguno. Mis “resultados son ningún resultado”. “La investigación ha quedado sin resultados.”

En efecto, una enorme carencia. ¿Pero a raíz de qué se cree Pannekoek con derecho a decir que yo no llego a ningún resultado?

¿He dicho yo mismo algo semejante? De ninguna manera. Los resultados de mis investigaciones los he formulado con extremada precisión en el sentido de que aquella masa no organizada de la que me ocupo, es de naturaleza altamente caprichosa (imprevisible). A esto le llama Pannekoek ningún resultado.

En su opinión, entonces, una investigación no llega a un resultado preciso cuando ella nos conduce a una idea sobre el objeto estudiado, sino solamente cuando ella nos lleva a una concepción determinada, consistente. La investigación de un desierto de arena conduce por tanto a un resultado si llega a la conclusión de que allí estamos frente a un piso de firme granito. ¡Si se llega a la conclusión de que nos encontramos ante fugaz arena, sobre la que no se puede construir ningún edificio, este resultado es, entonces, “ningún resultado”, y demuestra de por sí que el investigador del desierto de arena no ha utilizado el método correcto!

Luego que Pannekoek ha demostrado con tal claridad que mi método tiene que ser falso, muestra en qué consiste el error:

“Kautsky ha dejado su instrumental marxista en casa y por eso no llega a ningún resultado. En ningún lugar de su exposición histórica se habla del específico carácter de clase de las masas.”

Las acciones de lumpenproletarios, asalariados, pequeñoburgueses, campesinos, son fundamentalmente distintas y sólo pueden ser comprendidas considerando su específica situación de clase. ¿Cree realmente el camarada Pannekoek que yo he olvidado el abc del marxismo, una concepción a cuyo reconocimiento he dedicado lo mejor de mi vida? ¿No se ha sentido motivado Pannekoek, aunque fuera sólo un instante, a pensar por qué yo esta vez no hablé extensamente de la “situación específica de las masas”?

De ningún modo he olvidado investigar en qué clases se reclutaban esas multitudes que investigaba en mis artículos, aquellas que se reúnen en acciones callejeras no organizadas, espontáneas.

Y aquí se habla exclusivamente de esas, cosa que ruego al lector tenga bien en cuenta en lo sucesivo. En una parte de mi artículo, investigo qué elementos intervienen actualmente en Alemania en esas acciones. Llego a la conclusión de que, sin contar a los niños ni a la población campesina, participarían cerca de 30 millones, de los cuales un décimo serían trabajadores organizados. El resto estaría formado por trabajadores no organizados, en gran parte influenciados por las ideas del campesinado, de la pequeña burguesía, del lumpenproletariado, y finalmente, por no pocos miembros de los dos últimos sectores.

Aún ahora, luego del reproche de Pannekoek, no me resulta del todo claro por qué, en una masa tan heterogénea, tendría que descubrir un carácter de clase unitario. El “instrumental marxista” para esa tarea no lo he “dejado en casa”, sino que nunca lo he tenido. El camarada Pannekoek piensa evidentemente, que la esencia del marxismo consiste, en todas partes donde se hable de masas, en entender bajo este concepto una clase determinada.

Hoy en día se trataría del proletariado asalariado industrial con conciencia de clase.

Si yo hubiera hecho esto, habría llegado por supuesto a otros resaltados, entonces la masa no hubiera sido imprevisible para mí, sino muy *definida* en sus tendencias y decisiones. Todo hubiera coincidido a las mil maravillas, sólo hubiera faltado una insignificancia: la concordancia con la realidad. La masa real no organizada, la que se encuentra en los desórdenes callejeros espontáneos, hubiera resultado para aquel esquema como una patada en el estómago.

3 El instinto de la masa

Pannekoek encuentra que hoy las masas son *proletarias* mientras antiguamente fueron *burguesas*. Por eso yo no debería utilizar, para caracterizar la acción de la masa, aquellos ejemplos de la revolución francesa en la cual ésta era “burguesa”.

A eso debo contestar en primer término que es igualmente falso llamar a la “masa” actual proletaria, como llamar burguesa a aquella de la revolución francesa. Por cierto, entre las masas de las acciones de calle en la época de la gran revolución, estaban menos representados los proletarios asalariados que hoy en día, pero el lumpenproletariado estaba fuertemente representado y los artesanos mismos, en su gran mayoría trabajadores por cuenta propia, se encontraban en situación muy semejante a la del proletariado asalariado. La composición de clase de la masa fue en aquella época tan variada como ahora, por cierto que con la diferencia de que el proletariado asalariado de la gran industria, que hoy es predominante, faltaba casi totalmente. La cosa no es tan simple como se lo imagina Pannekoek: antes masa burguesa, hoy proletaria.

Pero las transformaciones de las clases tienen su efecto sobre el carácter y la acción de masa; y el hecho de que ésta en la actualidad sea, en algunos aspectos, distinta que la de épocas pasadas, lo he subrayado yo mismo en el capítulo sobre “Las transformaciones históricas de la acción de masas”.

Si a pesar de esto utilicé las experiencias de la revolución francesa, fue justamente porque esas experiencias son utilizadas siempre por los incondicionales admiradores de las masas como demostración de su infalibilidad. Y aún hoy el instinto de la masa, sin distinción de si es “proletario” o “burgués”, es considerado por camaradas que están muy cerca de Pannekoek como la más correcta brújula de todo movimiento revolucionario.

Un solo número del *Bremer Bürgerzeitung*, el del 12 de abril de este año, contiene dos artículos en los cuales se afirma la infalibilidad del instinto de las masas.

En uno de ellos “Der revolutionäre Instinkt der Massen” [“El instinto revolucionario de las masas”], se dice:

“Las masas proletarias son un pueblo endurecido bajo todas las inclemencias y se dejan embaucar por las apariencias mucho menos que el sutil teórico.”

Es un modo de pensar muy cómodo el de rechazar los resultados de la investigación teórica contra los cuales no se es capaz de aportar ningún argumento. Sólo que yo debo señalar que el “instinto de las masas proletarias” no siempre va en la dirección del radicalismo. Por ejemplo, en los EEUU son justamente los camaradas revisionistas los que se remiten al instinto de las masas para enfrentar a los teóricos y cohonestar su aversión contra los proletarios de color. Y el separatismo checo, ¿en qué se puede apoyar si no es en el “instinto de las masas proletarias”?

En el mismo número de la hoja de Bremen, no solamente se ensalza el instinto de las masas en general, con referencia expresa a la revolución francesa y aún a la guerra campesina, por tanto también al instinto de las masas burguesas, como diría Pannekoek.

En el artículo “Ein Gedenktag” [“Un aniversario”], se recuerdan “las concepciones de Lassalle sobre el significado de las masas en la historia” y se cita, aprobándolas con entusiasmo, las siguientes frases de la carta de Lassalle sobre el fatalismo de Franz von Sickingen:

“En efecto, aunque le cueste a la razón reconocerlo, pareciera como si existiera una contradicción insoluble entre la idea que conforma la fuerza y autoridad de una revolución y su astucia e inteligencia. La mayoría de las revoluciones que han fracasado (tendrá que concederlo todo conocedor de la historia) han fracasado por esa astucia o por lo menos, han fracasado todas las que apostaron a esa astucia. La gran revolución francesa de 1792, que triunfó sobre las circunstancias más difíciles, triunfó solamente en cuanto supo dejar de lado a la razón. Aquí reside el secreto de la fuerza de los partidos extremos en las revoluciones, *porque el instinto de las masas en las revoluciones, por lo general es más correcto que el entendimiento de los instruidos*. “Y lo que la razón de los entendidos no ve, lo practica, etc.” [“en su inocencia un ánimo infantil”, dice como es sabido, el proverbio a continuación. Red. del *Bremer Bürgerzeitung*]. Justamente la falta de cultura que es propia de las masas, *protege a estas del gusto por las gestiones diplomáticas*, las protege del escollo de los procedimientos de la astucia intelectual.”

El *Bremer Bürgerzeitung* subraya especialmente que en “las revoluciones” el instinto de las masas por lo general es más correcto que la inteligencia de los instruidos. Lassalle había tomado este punto de vista como una tradición de la *democracia burguesa* proveniente de la revolución francesa. Este punto de vista es sostenido hoy en día por camaradas del partido. Yo ahora investigo si ese punto de vista responde a las luchas reales, si realmente el instinto de las masas, siempre y en todo momento, es más correcto que el entendimiento de los instruidos, y llego a la conclusión de que esto no es así. Pannekoek, por su parte, no es capaz de debilitar con una sola palabra los hechos que yo aporté para demostrarlo. De tal manera que no le queda otra salida que creer que soy yo quien pone en pie de igualdad a las masas de la revolución del siglo dieciocho y las del siglo veinte, y descubrir que los hechos del pasado nada demuestran para el presente. Las masas en épocas anteriores serían burguesas y en las actuales proletarias. Me parecería bien que eligiera como interlocutor al *Bremer Bürgerzeitung* y le dé una buena lavada de cabeza por su falta de instrumental marxista. Pero conmigo se equivoca.

Sobre este tema se me ha de permitir señalar que las expresiones de Lassalle en su contexto no son tan extrañas como aparecen sacadas de allí y publicadas en el periódico de Bremen. Que sean una ventaja en épocas revolucionarias la falta de

cultura, que la revolución de 1792 “triunfó solamente en cuanto supo dejar de lado a la razón”, que las revoluciones fracasan por exceso de razón e inteligencia, esto parece ser una defensa de la ignorancia y del sinsentido, que de ninguna manera merece el entusiasmo que se le brinda en Bremen.

Sin embargo en su contexto esas expresiones tienen otro sentido.

Lassalle explica que la fuerza de la revolución consiste en su entusiasmo, “en la confianza inmediata de la Idea en su propia fuerza e infinitud”. Pero ese entusiasmo se basa en no considerar las dificultades para la realización de la Idea, y sin embargo ella tiene que poder dominar esas dificultades.

En tales condiciones parece ser un triunfo de la inteligencia totalizadora y realista de los dirigentes revolucionarios el contar con los medios finitos existentes, mantener ocultos a los demás (y a menudo aún a sí mismos) los verdaderos y últimos objetivos del movimiento, y utilizando astutamente ese engaño intencional de la clase dominante, obtener la posibilidad de organizar las nuevas fuerzas. Así, finalmente apoyados en un sector de la realidad tan inteligentemente lograda, vencer luego a la realidad misma. Contra *ese tipo de inteligencia* se vuelve Lassalle y coloca más alto el instinto de las masas cuya falta de cultura las salvó de ese escollo.

Por cierto, nada hay que objetar contra esto. Esa diplomacia que busca engañar al adversario acerca de las propias intenciones, es siempre perjudicial para un partido cuya fuerza se basa en el entusiasmo de las masas. Tal diplomacia no desarma al adversario, que no se deja engañar, solamente confunde y desanima a las propias filas.

Pero Lassalle se ha expresado muy poco felizmente en las frases que el *Bremer Bürgerzeitung* publica adhiriéndose a ellas, cuando hace aparecer esa particular forma de inteligencia de los dirigentes de la revolución que tratan de engañar a sus adversarios como productos de la inteligencia y la cultura y ve en la falta de cultura el mejor seguro contra esa política de los “dirigentes de la revolución”. ¡Como si la “astucia campesina” fuera un privilegio de los instruidos y faltara totalmente a los incultos! Precisamente es una profunda comprensión de las situaciones y contradicciones políticas y sociales lo que con mayor seguridad podrá evitar esas “astucias” que Lassalle ataca en aquella cita. Sólo formas especiales de educación, ideologías que no descubren la realidad sino que ocultan las contradicciones reales, pueden necesitar una corrección del instinto de las masas.

Finalmente no es correcto que “la mayoría de las revoluciones que han fracasado... han fracasado por esa astucia”.

En las revoluciones deciden las correlaciones reales de fuerza entre las clases. Cuando en la revolución, dirigentes aislados se dedican a las “astucias” y esa forma de diplomacia gana influencia sobre el curso de la revolución, es este un síntoma, no una causa de la debilidad de las masas revolucionarias. Por otra parte, no se puede decir que el radicalismo de las masas triunfantes en 1792 fue el resultado del instinto de masas incultas. El periodismo era en la época un poder, que influía poderosamente en las masas. Sin embargo, se cometería una gran injusticia contra los periodistas radicales de la época como Marat, etc., si se les quisiera atribuir una “falta de cultura”. Las frases de Lassalle, entonces, no contienen para nosotros ningún argumento para hacer capitular el conocimiento teórico ante el instinto de las masas. Estamos ahora, como siempre lo hemos estado, sobre el basamento del *Manifiesto Comunista* que declara que los comunistas (hoy se los llamaría marxistas): “...tienen teóricamente sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones y de los resultados generales del movimiento proletario.”

Y justamente porque ellos contraponen al instinto del resto de la masa del proletariado esa clara visión teórica, demuestran ser “prácticamente el sector más

resuelto de los partidos obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás”.

Seguro: respeto por las masas proletarias ya que sólo ellas pueden guiarnos hacia el triunfo. Y actualmente ella es intelectual y moralmente superior a cualquier otra masa. ¡Pero debemos respetar sus puntos de vista sólo allí donde están imbuidas de conciencia de clase, donde piensan autónomamente y sopesan cuidadosamente los distintos argumentos; pero ningún respeto ante los ciegos instintos!

4. Huelga de masas y guerra

No sé si Pannekoek admira el instinto de las masas del mismo modo que los de Bremen. De todas maneras parece que él no solamente asimila totalmente la actual masa popular al proletariado, sino que también ve a la masa proletaria ya imbuida de conciencia de clase.

Sólo así se concibe su concepción de impedir una guerra por medio de la huelga de masas.

En mi artículo de mayo del año pasado había señalado sobre el particular que era imposible determinar previamente cómo serían nuestras acciones en caso de una guerra. Tan apresurado sería declarar que una huelga de masas para impedir la guerra habría de ser imposible, como que habría de ser inevitable. Todo depende de las condiciones bajo las cuales se entra en guerra y de la actitud de la población. Si ella siente esa guerra como producto de una política equivocada de su gobierno, la considero inútil y evitable si el gobierno es sustituido por otro. Si la población cree que su país no ha de ser puesto en peligro por una huelga de masas, entonces ésta tiene una posibilidad de éxito. Por el contrario, no tiene ninguna perspectiva cuando la masa de la población ve el origen de la guerra no en la política de su gobierno, sino en las necesidades del país enemigo, se siente amenazada y presionada, finalmente una huelga de masas aparece ante sus ojos como un peligro que no ha de conducir al mantenimiento de la paz, sino sólo a facilitar una invasión enemiga. En tal caso es de esperarse que la masa de la población sea poseída de una salvaje fiebre belicista y cada intento de oponer al esfuerzo armamentista una huelga de masas será asfixiado en sus orígenes.

Pannekoek se muestra espantado por estas reflexiones, ¡Cómo puede un marxista llegar a semejante concepción!, exclama. Él nunca hubiera creído que yo sería capaz de escribir tal cosa, si no fuera que mis argumentos sobre la acción de masa han mostrado en forma lamentable que yo he arrojado por la borda todo instrumental marxista. El marxismo no sabe nada de la “población” y sus estados de ánimo. El marxismo ve aquí a la burguesía y más allá al proletariado. Al comienzo de una guerra se trata de una “lucha entre la voluntad de guerra de la burguesía y la voluntad de paz del proletariado”. En esa lucha, este último no tiene posibilidad de elección.

En un país predominantemente capitalista, donde la masa proletaria siente su fuerza como la gran fuerza del pueblo, cuando ella ve irrumpir sobre su cabeza la peor de las catástrofes, sencillamente deberá actuar.

La huelga de masas es, entonces, en caso de guerra, mi imperativo categórico para las masas. Tan simples son las cosas para cualquier marxista, según las concepciones de Pannekoek, en caso de desatarse una guerra, que resulta la cosa más superfina del mundo ponerse a reflexionar en qué situaciones el proletariado deseoso de paz puede intervenir. Él deberá a todo trance hacer lo mismo, sean cuales fueren las causas y condiciones de la guerra.

Nota bene. No se trata aquí de la cuestión de que la socialdemocracia está permanentemente obligada a hacer todo lo que esté en su poder para impedir una guerra. Para nosotros, en la época del imperialismo, esto está fuera de la discusión. De lo que

aquí se trata y contra lo que se pronuncia Pannekoek, es mi afirmación de que *la aplicación de un determinado medio para evitar la guerra, la huelga de masas*, no está indicado a todo trance, de que su aplicación depende en alto grado del estado de ánimo de las masas que, bajo condiciones distintas, podrá llegar a ser muy diferente. Si esa masa se viera poseída de una fiebre chovinista, una huelga sería irrealizable.

Un marxista, según Pannekoek, debe entender por masa popular, siempre y exclusivamente al proletariado; y éste sostiene indefectiblemente, en su totalidad, la más decidida voluntad de paz y ha de decidirse siempre por la huelga de masas. Que en el Reino Alemán los votos socialdemócratas sean sólo un tercio del total de votos emitidos, que abarquen dos séptimos de quienes tienen derecho al voto; que por tanto, en caso de guerra, junto a éstos existan otros sectores populares a ser tenidos en cuenta en caso de un movimiento de masas, Pannekoek lo tiene tan poco en cuenta como la reflexión de si no se podrían dar situaciones en las cuales, de aquel tercio de la población que vota a los socialistas, en caso de una guerra, una parte importante de ella pudiera ser poseída de entusiasmo patriótico. Estos son problemas que según Pannekoek, no debieran existir para un marxista. Quedan todos solucionados con el simple reconocimiento de que existe una contraposición entre burguesía y proletariado, que los trabajadores asalariados siempre luchan contra el capital.

5 Guerra e invasión

Yo había señalado que en el caso específico de que una huelga de masas facilitara una invasión por parte del enemigo, ella suscitaría la condena aun de sectores proletarios.

A esto replica Pannekoek que se trata de un concepto anticuado, sacado de las experiencias de guerras anteriores, donde el grueso de la población estaba constituido por el campesinado y la pequeña burguesía. Para ellos la invasión enemiga fue, allí donde los alcanzó, una terrible plaga. Donde el enemigo no alcanzaba a penetrar se sufría menos. Es por eso que hoy el objetivo de la acción de las masas no debe ser mantener alejada una invasión, sino evitar la guerra.

Lo correcto aquí es que una invasión enemiga en primer lugar afecta a la población campesina, que actualmente representa una fracción más pequeña de la población y que para la población urbana la devastación de la guerra tomará ante todo y en general la forma de una crisis económica.

De esto se sigue que en el presente el mayor interés en el mantenimiento de la paz de la población campesina, también es compartido por la población urbana. Pero de ninguna manera se deduce que para la masa de la población la protección de una invasión enemiga se ha transformado en un asunto indiferente. Pannekoek parece olvidar que para una guerra son necesarios dos estados, no uno solo. Si de dos que se arman para la guerra uno es interferido en su movilización por movimientos internos, esto no significa de ningún modo que la guerra ha de ser impedida. Por el contrario podría alentar un ataque del enemigo.

Pero la invasión misma no es una cosa tan insignificante como le parece a Pannekoek. Por el contrario, ella se ha de hacer tanto más destructiva cuanto más grandes sean los ejércitos y más poderosos los medios destructivos, cuanto más amplios son los campos de batalla, cuanto más pobladas las ciudades que hacen las veces de fortalezas. Pero supongamos que el temor a los horrores de una invasión sea un prejuicio pequeñoburgués anticuado; en tal caso Pannekoek no puede negar que es el que domina aún sobre el modo de pensar de las masas. Estas extraen sus concepciones acerca de la guerra y sus devastaciones, naturalmente no de las especulaciones de

Pannekoek sobre las guerras venideras, sino de las experiencias de las guerras pasadas y sólo éstas pueden determinar su pensamiento y su conducta en relación a la próxima guerra. Pannekoek puede decir cuanto le venga en gana pero en las masas populares de Francia e Inglaterra está ampliamente difundido el temor a una invasión alemana que es causante, quizá más que las tendencias imperialistas de la burguesía, de que allí se ofrezca tan poca resistencia a la carrera armamentista, a pesar de que, al mismo tiempo, la idea de un desarme internacional reciba cada vez mayor aprobación.

Si Pannekoek piensa que la masa popular querrá impedir la movilización, aún cuando su propio estado sea el agredido y no el agresor, debo recordarle que en la socialdemocracia misma no ha de encontrar muchos camaradas que compartan sus puntos de vista.

En el Congreso del partido en Essen, en 1907 por ejemplo, Bebel declaró: “Si nosotros alguna vez tenemos que defender la patria, la defenderemos porque es nuestra patria, por ser la tierra sobre la cual vivimos... Y es por eso que nosotros estamos obligados, llegado el caso, a defender a la patria si viene una agresión.” (Actas, página 255)

En el mismo sentido se ha pronunciado Guesde en Francia. Yo desarrollé entonces en una serie de artículos sobre “Patriotismus, Krieg und Sozialdemokratie” [“Patriotismo, guerra y socialdemocracia”] en el *Neue Zeit* el mismo punto de vista que ahora y escribí entre otras cosas;

“Una invasión de ejércitos enemigos significa una miseria tan descomunal para el país entero, que de por sí convoca a la totalidad de la población a la defensa y ninguna clase puede eludir esa poderosa tendencia,” (*Neue Zeit*, XXIII, 2, página 369)

Es evidente entonces que yo ya había abandonado en aquella época mi instrumental marxista, para ser víctima de anticuados prejuicios pequeñoburgueses.

Si las cosas fueran realmente tan simples como le parecen a Pannekoek, de un lado la absoluta voluntad de paz del proletariado, del otro, la absoluta voluntad de guerra de la burguesía, tendríamos que contar con seguridad y bajo cualquier circunstancia con que la masa se levantaría contra la guerra movida por una necesidad natural, de tal modo que cualquier reflexión subsiguiente sobre el particular significaría el abandono de toda la concepción sobre las modernas contradicciones de clases. En tal caso se podría esperar que las últimas guerras nos dieran pruebas de ese infalible instinto de las masas.

Esas guerras se desarrollaron bajo condiciones especialmente propicias para que las masas expresaran su voluntad de paz. En ningún lugar estaba el propio país amenazado por una invasión enemiga al ser frenada la movilización, y sin embargo, en ninguna parte vimos a las masas inmunes contra el veneno chovinista. En todas partes, en cuanto se desató la guerra, los antibelicistas quedaron en desesperante minoría y de ningún modo estaban en condiciones de realizar una acción de masas energética contra la guerra. Así ocurrió en Inglaterra al desatarse la guerra de los Bóers, así ocurrió en Italia al comienzo de la invasión a Turquía. Se nos remite a Rusia como la tierra prometida de las huelgas de masas. Pero allí no se hizo el menor intento de protestar, aunque más no fuera tímidamente, contra la guerra con Japón. Las huelgas de masas llegaron sin embargo, y en la forma más violenta, no como un medio para impedir la guerra, sino como un resultado de la guerra.

“El intento inevitable del proletariado de impedir la guerra”, como dice Pannekoek, se ha caracterizado hasta el momento por su inevitable ausencia.

Esto, seguramente, no tiene por qué ser válido para toda la eternidad. Crecemos día a día y mañana serán posibles para nosotros cosas que ayer eran imposibles. Y las

situaciones de las que surgen las guerras son de la más variada forma y pueden causar los más variados efectos.

No considero muy probable que algún día lleguemos, por medio de una huelga de masas, a impedir una guerra en algún lugar donde el gobierno se sienta suficientemente respaldado por el estado de ánimo general del pueblo, pero no necesitamos declararlo como completamente imposible.

8 Marxismo simplificado

Contra lo que me pronuncie definitivamente es contra esa concepción que trata de deducir nuestras actitudes individuales de una vez por todas y esquemáticamente, en base a meras especulaciones acerca de la contradicción de clase entre trabajo asalariado y capital, independientemente de todo estudio de las correlaciones de fuerzas en cada caso, de las situaciones y estados de ánimo de las diversas clases de la población, y que considera este método como marxista porque se basaría en la teoría marxista. Esta concepción olvida que una teoría es una abstracción, una imagen simplificada y no completa de la vida. Justamente gracias a esa simplificación, la teoría permite aportar orden y sentido en el caos de las apariencias y orientarse en ese laberinto. Pero ella es el hilo de Ariadna a través del laberinto, nunca el laberinto mismo, no se hace nunca idéntica a la realidad, exige por el contrario una constante observación de lo real.

No es esta la primera vez que me toca entrar en conflicto con este tipo de marxismo simplificado. Para hacerle frente escribí entre otras cosas, ya en 1889, mi disertación sobre las contradicciones de clase en la época de la revolución francesa. En el prólogo a la segunda edición (1908) anotaba:

“...un marxismo vulgar, que alcanzara a popularizar lo que Marx y Engels descubrieron, fracasará cuando quiera abandonar los caminos transitados.”

Y continuaba:

“Contrarrestar a ese marxismo vulgar que hacía estragos en 1889, que creía tener la llave de toda la sabiduría por considerar al desarrollo social como producto de las luchas de clases y que la sociedad socialista surgirá de la lucha de clases entre burguesía y proletariado; contrarrestar ese peligro de degradar al marxismo a una mera fórmula era la tarea que junto a otras se propuso este trabajo. Quería mostrar la plenitud de conocimiento que era posible extraer de la aplicación del principio de la lucha de clases en la historia, *pero también la cantidad de problemas que surgen de ella*. Quería al mismo tiempo no sólo contrarrestar el empobrecimiento de la teoría sino también de la práctica de la lucha de clases, al señalar que la política socialista no debe conformarse con verificar la contradicción de clase entre capital y trabajo en general, que debe investigar a fondo el organismo social en todos sus detalles, ya que bajo esa gran contradicción se ocultan otras de menor significado aunque innumerables, y que no deben ser desatendidas, y cuya comprensión y utilización facilita enormemente y puede hacer más fecunda la táctica proletaria.” (páginas 4 y5)

Y en la introducción escribí entonces:

“Uno se siente bastante inclinado a suponer, cuando el desarrollo histórico es deducido de las contradicciones de clases, que en la sociedad existen solamente dos sectores, dos clases que se combaten una a otra, dos masas homogéneas, firmes, la masa revolucionaria y la reaccionaria, que sólo existe ‘un aquí y un allá’. Si realmente fuera así, escribir la historia (y también desarrollar la política práctica) sería una cuestión muy fácil. Pero las cosas no son tan simples. La sociedad es y se transforma cada vez más en un complicado organismo con las más diversas clases e intereses que, según como se conformen los hechos, se pueden agrupar en los más diversos partidos.” (página 9)

Aquellos camaradas a los que en aquella oportunidad consideraba como “marxistas vulgares” porque simplificaban demasiado al marxismo (Max Schippel, Hans Müller, Paul Ernst y otros) comenzaron justamente en 1889 la lucha contra la dirección del partido y sus “periodistas oficiosos”, se lanzaron contra Bebel y Liebknecht, Singer y Aúer, Engels y yo, a quienes reprocharon el abandono del carácter revolucionario y proletario del partido y su transformación en partido reformista pequeñoburgués posibilista. Finalmente las consignas de 1890 sobre las elecciones de desempate se transformaron en puntos de acusación así como la participación de los diputados obreros en un parlamento antiobrero, el fracaso de las fiestas del 1º de mayo, y el rechazo de la huelga de los militares en caso de guerra que el holandés Dómela Nieuwenhuis exigía en el Congreso Internacional de Bruselas de 1891.

Desde entonces han transcurrido más de dos decenios. La generación actual no conoce las luchas que nosotros sostuvimos en aquellos tiempos. El marxismo simplificado es sin embargo tan inmediato, tan evidente, tan popular, que siempre vuelve a surgir cuando la situación le es favorable y los instintos de las masas las vuelven receptivas a él.

Las irritaciones de la lucha contra la ley antisocialista que decaía, provocaron el ascenso, entre 1889 y 1893 de un marxismo vulgar y radical. La era de prosperidad a partir de 1895 allana el camino para la revisión de ese marxismo vulgar. La agudización de las contradicciones de clases desde 1907 despierta nuevamente instintos de masas a los cuales se adecúa mejor el marxismo en su forma más ruda, absoluta y simple.

Pero podemos al menos estar seguros de que esta vez ningún nuevo revisionismo seguirá al supermarxismo. La era de los crecientes conflictos de clases no está hecha para eso.

II La organización

1 Organización y carácter

Pannekoek logra éxitos brillantes si se trata de explicar razonamientos marxistas en la forma más simple y clara. Por el contrario, en cuanto se trata de apreciar fenómenos concretos, su elucubración especulativa de pensamientos simples entra a menudo en contradicción con la realidad. Así explica con gran belleza cómo se desarrolla la revolución social y llega a la conclusión de que: “La organización es el arma más poderosa del proletariado. El enorme poder que posee la minoría dominante por su firme organización, sólo podrá ser derrotado con la fuerza aún mayor de la organización de la mayoría. El constante crecimiento de esos factores; significación económica, conocimiento y organización, hace crecer el poder del proletariado por encima de la clase dominante. Recién entonces están dadas las condiciones previas para la revolución social.”

Esto está muy bien dicho. Pero según Pannekoek uno está muy mal aconsejado si considera como nuestra tarea más importante, junto a la difusión del conocimiento, conservar, desarrollar y perfeccionar la real y concreta organización del proletariado. De ningún modo Pannekoek muestra muy poco interés por las organizaciones reales. Él confía en la idea de que en las próximas luchas éstas han de ser destruidas. La organización proletaria, opina él, ha de seguir creciendo a pesar de todo. Dice: “Existe en muchos el temor de que en estas peligrosas luchas el más importante instrumento del proletariado, su organización, pueda ser destruido. Sobre todo en este razonamiento se

basa el rechazo a la huelga general por parte de aquellos cuya actividad se centra en la conducción de las grandes organizaciones proletarias.”

Pannekoek opina entonces que si las organizaciones obreras comienzan su lucha, el estado seguramente no ha de retroceder ante el arresto de los dirigentes y la confiscación de los fondos. “Pero tales actos de violencia no lo ayudarán demasiado. El estado puede destrozar con ellos la forma externa de las organizaciones obreras, pero no puede afectar la esencia misma de éstas. La organización del proletariado, que nosotros calificamos como su más importante instrumento de poder, no debe ser confundida con la forma de las organizaciones y asociaciones actuales, que son la expresión de aquella dentro de los marcos, aún firmes, del orden burgués. *La esencia de esa organización es algo espiritual, es la transformación del carácter de los proletarios*”

Pannekoek mismo subraya esa frase, tan notable le parece a él su comprobación de que la organización en realidad no es del todo una organización sino algo muy distinto: la mentalidad de los proletarios.

Luego de haber ejecutado esa obra de arte de alquimia social, le resulta fácil señalar que las luchas de masas llevan a la destrucción de la organización, sacuden a la masa de los trabajadores y perfeccionan su carácter, de tal manera que mágicamente la destrucción de las organizaciones constituye el medio para hacer crecer “la solidez interna de la organización” y que “la fuerza del proletariado.... crecerá tanto como sea necesario para ejercer dominio en la sociedad”.

“Al final del proceso revolucionario”, luego que las organizaciones del proletariado han sido totalmente disueltas, “el pueblo trabajador en su totalidad está allí como masa altamente organizada... y puede pasar a continuación a tomar en sus manos la organización de la producción”. No se le ocurre a Pannekoek señalar (y apenas si lo podría hacer) que en lugar “de la forma de las organizaciones y asociaciones actuales” en la continuación de la lucha, surgirían otras más adecuadas a las nuevas condiciones. Es posible que suceda algo semejante, pero si llegara a darse, sería una situación en la que los prácticos le llevarían la delantera a los teóricos. De esto, Pannekoek no dice una sola palabra. Como la real organización del proletariado estorba a sus deducciones teóricas, él la disuelve en el aire. Pues no es otra cosa lo que hace cuando declara que la esencia de la organización es la transformación de la mentalidad de los proletarios. Pero esa transformación es el *resultado* y no la esencia de la organización.

2 Los instrumentos de fuerza de las organizaciones

Uno de los efectos principales de la organización sobre el carácter de los trabajadores consiste en la confianza que siente cada individuo en el apoyo de la totalidad. Este apoyo tiene una fuerte expresión en los medios financieros que aportan las asociaciones y que son acumulados para los casos de necesidad y de lucha. Hubo una época en que los sindicalistas revolucionarios creyeron que los medios financieros podrían ser sustituidos por el carácter, pero también ellos comenzaron a reconocer el error de esa suposición. Naturalmente los medios financieros no pueden, a la inversa, sustituir al carácter; así como en la guerra la constitución espiritual y corporal de los hombres es más importante que su equipo material, lo mismo ocurre con la lucha de clases. Por medio del mejor fusil no se transforma un cobarde en un soldado útil y de muchachos sin carácter no se hacen luchadores de clase por medio de cajas sindicales repletas. Pero por otro lado el heroísmo más grande y la fuerza son derrotados si se enfrentan desarmados a un adversario bien armado y dispuesto al combate.

Y el más abnegado luchador de clase tiene que abandonar la huelga si no hay medios para mantenerlo a él y a los suyos con vida. Este aspecto de la organización, que

por supuesto nada tiene de idéntico con el carácter, no es siquiera rozado por Pannekoek. La esencia de la organización es para él la disciplina, la solidaridad. Y estas no se pierden con la destrucción de la organización: “Permanecerán en ellos más vivo que nunca el mismo espíritu, la misma disciplina, la misma coherencia, la misma solidaridad, la misma costumbre de una acción organizada [luego de la disolución de las organizaciones existentes. Kautsky.] Puede que un acto de violencia semejante golpee duramente, pero la fuerza *esencial* del proletariado sería afectada tan poco como las leyes antisocialistas afectaron al socialismo, aunque impidieron las formas regulares de asociación y agitación.”

¿Pero en qué consiste la disciplina, “la costumbre de una acción, organizada”? En la subordinación bajo una dirección común, sin la cual la “acción organizada” de una gran masa es completamente imposible. La esencia de una organización democrática consiste en que esa dirección sea elegida por la masa misma y que los objetivos y los medios de lucha sean también determinados colectivamente si no lo pueden ser siempre en sus detalles, al menos en sus rasgos fundamentales. Pero esto sólo es posible “bajo la forma actual de las organizaciones y asociaciones” que surgen “en el marco de un orden burgués aún firme”.

Si esas formas se destruyen, las masas no se pueden reunir en forma regular para solucionar de acuerdo con reglas fijas los asuntos comunes; en tal caso la organización democrática se hace imposible. Ocurrirá entonces, como en las acciones espontáneas de masas, que será producto de la pura casualidad quien se erija en dirigente o, de lo contrario, como fue el caso bajo las leyes anti-socialistas, los dirigentes que hasta el momento habían sido reconocidos por las masas como tales, siguieron manteniendo sus funciones de acuerdo con la costumbre. O bien, y esto ocurrió también para asuntos locales bajo la ley antisocialista, una pequeña minoría se organiza secretamente y dirige a la gran masa desorganizada.

A un proletariado con capacidad de lucha le quedará, bajo tales condiciones, un poder apreciable. Pero un crecimiento y más aún el perfeccionamiento de la organización del proletariado sin las condiciones existentes en un estado de libertad, es algo que nadie ha descubierto.

Cuando la organización del proletariado sucumbe a un golpe de fuerza (por la importancia que adquiere para él y por la intensidad de su desarrollo) el proletariado se aferrará tanto más empecinadamente a sus “costumbres” y tradiciones. Por el contrario, el proletariado se alejaría de su organización y sus “costumbres” lleno de desconfianza, si ellas le acarrearán a él solamente derrotas que lo debilitaran. Pannekoek ve sólo un motivo para la decadencia, por él esperada, de las organizaciones proletarias: los golpes de mano del adversario. Pero es posible otro motivo: una táctica incorrecta que en forma irresponsable, subestimando las fuerzas del adversario y sobrestimando el propio poder de la organización, fije tareas ante las cuales tiene que fracasar miserablemente. Si la organización se deja enredar sin necesidad en luchas que, calculando correctamente la correlación de fuerzas, serían evitables; si ella plantea a sus miembros las máximas exigencias de abnegación sin éxito alguno; si dilapida totalmente sus fuerzas de manera que al final debe capitular incondicionalmente, entonces la ruina de la organización no habrá de producir un aumento del deseo de lucha de los proletarios, una firme adhesión a sus dirigentes y a la disciplina voluntaria, sino desaliento, indiferencia, aún desconfianza por largo tiempo contra toda “actividad organizada”. A esto se adapta la frase de Pannekoek: ... “es sobre todo en este razonamiento que se basa el rechazo a la huelga general por parte de aquellos cuya actividad se centra en la conducción de las grandes organizaciones proletarias actuales”.

Nosotros veremos que precisamente el tipo de acción que propone Pannekoek, necesariamente hará surgir el peligro de semejante fracaso de las organizaciones. Eso lo presiente y por eso él mismo, el materialista, se debe consolar con consideraciones espiritualistas de que sólo el cuerpo de la organización es mortal mientras que su alma, la esencia de la organización, es inmortal.

Pero nosotros sabemos que un hombre sin cuerpo no es ningún hombre y una organización sin órganos no es ninguna organización.

3 El riesgo para las organizaciones por causa de sus adversarios

Ciertamente, la agudización de las contradicciones de clases y de las luchas clases trae consigo el peligro de que los adversarios traten de destruir a las organizaciones proletarias.

Pero nosotros no debemos enfrentar este hecho con la idea de que mientras pueda ser salvada su alma inmortal sería indiferente la desaparición de una organización. Por el contrario, debemos afrontar esta situación de tal modo de poder enraizar profundamente en el proletariado la idea de que sus organizaciones, sobre todo en las formas existentes de partido y sindicato, son imprescindibles para su lucha y para imponerse; que debe fortalecerlas con el máximo fervor y protegerlas celosamente, pero que debe también, si se llega a las grandes luchas, aferrarse a esas organizaciones con tenacidad y fuerza; que el derecho de reunión y asociación es su prerrogativa más importante y para conservarlo debe empeñar cuanto tiene: sus bienes y su vida.

Pannekoek cuenta con que la organización proletaria ha de ser destruida, que para ella han de ser suspendidos el derecho y la ley, como la obvia consecuencia de la agudización de las contradicciones de clase. Esto no me parece tan obvio. También aquí debemos cuidarnos de considerar tendencias como resultados inamovibles. La tendencia, el esfuerzo reaccionario por destruir las organizaciones del proletariado, crece seguramente en la misma medida en que esas organizaciones se tornan más fuertes y peligrosas para el orden constituido. Pero en la misma medida crece también la capacidad de resistencia de las organizaciones y su imprescindibilidad aumenta aún más. Cortar al proletariado toda posibilidad de organización es hoy, en un país capitalista desarrollado, prácticamente imposible, y las clases dominantes mismas muestran la inclinación a organizar a aquellos proletarios que les son fieles a fin de aumentar su propia fuerza, lo que es imposible si suprimen toda posibilidad de organización proletaria. La destrucción de la organización proletaria no puede ser más que pasajera, de ningún modo duradera, aun cuando se tome la palabra organización en su sentido real y no en el que le asigna Pannekoek.

Pero también una destrucción pasajera de una organización proletaria significa un grave deterioro en la lucha de clases del proletariado, y la clase trabajadora debe emplear la máxima prudencia pero también toda su energía para impedir semejante destrucción. Cuál habrá de ser finalmente el resultado de la lucha entre las tendencias encontradas, no se puede predecir. La teoría puede solamente prever la agudización de las luchas, de clases, no sus resultados en cada caso. Esto depende de situaciones que nadie puede siquiera sospechar de imponderables, que nadie está en condiciones de sopesar, y también de la astucia y decisión tanto de un bando como del otro. Dependerá de la energía con que libremos cada lucha en la que estemos implicados, de la habilidad con la cual sepamos evitar el ser llevado a pruebas de fuerza por el adversario o por los impacientes en nuestras filas, para las cuales aún no estamos preparados. Pannekoek y sus amigos pueden fruncir las narices ante el planteo de la necesidad de esta astucia y equipararla al tipo de astucia que Lassalle rechaza en su carta do Sickingen, pero pueden despreciarla en su práctica. La habilidad que nosotros recomendamos es aquella

que nos recomendara Federico Engels en su última publicación, en su testamento político.

III La acción de masas

1 *¿Qué significa la nueva táctica?*

La simplificación de Pannekoek del método de Marx y la espiritualización de la organización son sólo la introducción a la cuestión central que a él le ocupa:

“Una determinada *forma nueva* de la actividad de los trabajadores organizados. El desarrollo del capitalismo moderno ha impuesto al proletariado con conciencia de clase esas nuevas formas de acción.”

Plantear nuevas formas de acción es ciertamente una cuestión muy importante. Pero quien descubre o propone tales cosas está obligado ante todo a hablar claro. Lástima que justamente aquí Pannekoek abandona su claridad habitual. Por eso no sé con seguridad si he conseguido interpretarlo correctamente.

Ante todo debemos preguntarnos: ¿de dónde proviene la necesidad de una nueva forma de acción? ¿Dónde se hallan las nuevas condiciones que la hacen surgir? No se nos da ninguna respuesta clara. Pannekoek, para explicar la frase que hemos citado dice solamente lo siguiente:

“Amenazado por el imperialismo con los mayores peligros, luchando por más poder dentro del estado, por más derechos, [el proletariado] se ve obligado a hacer valer su voluntad contra las poderosas fuerzas del capitalismo en la forma más enérgica (más enérgica que los más encendidos discursos que pueden pronunciar sus representantes en el parlamento). El proletariado debe presentarse por sí mismo, intervenir en la lucha política tratando de influir sobre el gobierno y la burguesía con la presión de sus masas. Si nosotros hablamos sobre acciones de masas y su necesidad nos referimos a la actividad política extraparlamentaria de la clase trabajadora organizada por medio de la cual ella misma actúa sobre la política interviniendo en forma inmediata y no a través de representantes.”

No es del todo comprensible por qué este razonamiento fundamenta la necesidad de una nueva táctica. ¿El proletariado no está desde siempre “obligado a hacer valer su voluntad contra las poderosas fuerzas del capitalismo”? ¿Y por qué debe para tal fin recurrir hoy más que antes a los medios extraparlamentarios? ¿Nuestros representantes en el parlamento, son más débiles que antes?

Por cierto que en estos argumentos no se encuentra una fundamentación convincente de la necesidad de una nueva táctica por la existencia de nuevas condiciones.

Pero menos clara aún es la descripción de la nueva táctica misma. Yo he invitado expresamente a los propugnadores de esa táctica a explicar qué entendían por ella. Antes de discutir sobre la misma “debía saberse si se exigen nuevos fundamentos de la táctica o nuevas medidas”.

¿Qué responde Pannekoek?

“A esto es fácil responder que nosotros no necesitamos hacer propuestas. La táctica que nosotros consideramos como correcta ya es la táctica del partido. Ella se ha impuesto prácticamente en propuestas concretas. Teóricamente el partido las ha aceptado en las manifestaciones de masas sin que fueran necesarias para ello las

resoluciones de Jena, donde se habla de la huelga de masas como medio para la conquista de nuevos derechos políticos”

Y así Pannekoek llega a la siguiente conclusión:

“Si nosotros, a menudo hablamos de una nueva táctica, lo hacemos no en el sentido de proponer nuevos principios... sino para aportar una comprensión teórica clara sobre aquello que realmente ocurre.”

En el capítulo anterior habíamos visto que Pannekoek declara a la organización el instrumento de poder más importante del proletariado, luego sin embargo, descubre que la esencia de la organización de ninguna manera está en la organización. Ahora declara: se ha hecho necesaria una nueva táctica, debemos discutir y llegar a un entendimiento sobre esto y he aquí que esa táctica ha sido fijada hace seis años por un congreso del partido casi por unanimidad y es seguida por ese partido sin objeción de nadie, de tal modo que Pannekoek considera del todo superfluo discutirla con más detenimiento. Cuando se pregunta a Pannekoek cuál sería esa táctica especial que él mismo defiende contra la dirección del partido, contra mí, contra muchos otros camaradas, en lugar de dar una respuesta se remite a la Resolución de Jena que fue aprobada por 287 contra 14 votos. Casi todos los revisionistas le dieron su aprobación: Bernstein, David, Peus, Südekum. ¿Han reconocido ya todos ellos “teóricamente” la táctica de Pannekoek, y en forma tan clara que éste pueda ahorrarse toda explicación detallada de esta táctica?

Mientras tanto, si bien Pannekoek es muy ahorrativo con los argumentos positivos sobre la nueva táctica, se muestra más generoso con su negación, con su crítica a mi táctica. Y ésta no la puede realizar sin dejar escapar ocasionalmente algunas insinuaciones sobre sus propias concepciones tácticas.

En mi exposición sobre la acción de masa yo había llegado a la conclusión siguiente: “Construcción de la *organización*, conquista de todas las *posiciones de poder* que podamos lograr y retener con nuestras propias fuerzas, *estudio* del estado y de la sociedad y *esclarecimiento* de las masas: nuestra organización no puede hoy por hoy proponerse, consciente y planificadamente, otras tareas.”

Se podría creer que Pannekoek está plenamente de acuerdo con estas concepciones. Por su parte él dice expresamente: “A través del constante crecimiento de su significado económico, el conocimiento y la organización, el poder del proletariado crece por encima del poder de la clase dominante”.

Pero ahora las actividades de la organización, del esclarecimiento de las masas y la lucha por posiciones de poder le parecen algo totalmente insignificante. Pannekoek reproduce mis conceptos con las siguientes palabras: “Hasta ese momento [hasta la catástrofe final cuya teoría encontró Pannekoek en mis escritos. K.] el movimiento obrero habrá de continuar simplemente con la práctica actual: elecciones, huelgas, trabajo parlamentario, esclarecimiento.

Todo continua del viejo modo ampliándose paulatinamente *sin cambiar nada esencialmente en este mundo.*”

Mis concepciones le parecen a Pannekoek puro revisionismo.

“Kautsky coincide con el revisionismo en que nuestra actividad consciente se agota en la lucha sindical y parlamentaria. Por eso no es extraño que su práctica, demasiado a menudo (como hace poco sobre el balotage) se aproxime a la táctica revisionista.”

Sobre esta afirmación no tengo por qué preocuparme demasiado, ¡Lo que Pannekoek llama aquí revisionismo es la práctica del partido hasta el momento! ¡Primero considera que la Resolución de Jena, aprobada por nueve décimos de los revisionistas, es suficiente fundamentación para su propia táctica, y luego condena la

táctica del partido como una táctica revisionista! ¡Una confusión total! Pero ya se acerca la aclaración.

Pannekoek continúa: “[Kautsky] Se diferencia del revisionismo en que éste espera la transición al socialismo por las mismas actividades impulsadas para el logro de reformas, mientras Kautsky no comparte estas expectativas, sino que prevé explosiones con carácter de catástrofes que irrumpen repentinamente como venidas de otro mundo, sin intervención de nuestra voluntad y que liquidarán al capitalismo. Es la “vieja y probada táctica” en su aspecto negativo erigida en sistema. Es la teoría de la catástrofe, conocida por nosotros hasta ahora sólo como un malentendido burgués, elevada a la categoría de enseñanza del partido.”

Felizmente contamos con el camarada Pannekoek para aclarar tanto mis “malentendidos burgueses” como el “revisionismo” al que se ha entregado la socialdemocracia entera desde hace casi medio siglo bajo la aprobación de Marx y Engels.

2 Radicalismo pasivo

Es en realidad innecesario explayarse sobre mi “teoría de la catástrofe”. Discutí sobre esto a fondo hace ya dos años con la camarada Luxemburg. El mismo Pannekoek lo dice: “Es la misma teoría que hace dos años fue sostenida por Kautsky durante el debate sobre la huelga de masas (la teoría de la huelga de masas como un acto revolucionario único, hecho para derrocar la dominación capitalista de un solo golpe) que aparece aquí en nueva forma. *Es la teoría de la espera inactiva...* la teoría del radicalismo pasivo.”

No tengo ni tiempo ni ganas de prolongar aún más el debate con Pannekoek, de todos modos ya bastante extenso, repitiendo argumentos que se pueden leer en la citada discusión.

Aquí sólo puedo decir que nunca he afirmado que la huelga de masas pudiera ser un acontecimiento destinado a derrocar de un solo golpe el dominio capitalista, ni que nosotros debamos esperar inactivos hasta que, “como venida de otro mundo”, irrumpa una huelga de masas.

Yo he afirmado que donde hay organizaciones proletarias reales, no aquellas que sólo existen en las ideas de Pannekoek, una huelga de masas se transforma en una prueba de fuerza que, por lo general, termina o bien con un triunfo definido o con una definida derrota, mientras se agotan las fuerzas de ambos bandos de tal modo que no se puede esperar en corto tiempo una repetición de la hucha. Un período de huelgas masivas crónicas es posible en estados atrasados como Rusia y aún allí sólo bajo determinadas condiciones.

En segundo lugar había afirmado que una huelga de masas en Europa tiene perspectivas de éxito si confluyen una serie de condiciones que pueden ser utilizadas por nosotros, pero no creadas arbitrariamente. Donde surja un movimiento de masas producido por esas condiciones, tenemos que fomentarlo con la mayor energía y utilizarlo para fortalecer al proletariado, lo que tanto más pronto hemos de poder hacer cuanto más fuertes sean nuestras organizaciones, cuanto mejor preparados estén sus miembros. Para el logro de tales acciones de masas es decisiva una agitación de las masas proletarias capaz de derribar cualquier barrera. Una agitación semejante puede surgir sólo de grandes acontecimientos históricos. Yo seguía aquí la misma línea de pensamientos que expresaba en el editorial del 31 de mayo del *Leipziger Volkszeitung* [*Diario del pueblo se Leipzig*], al citar las palabras de Lassalle: “Las masas serán llevadas a hacerse torrente y movimiento no sólo práctica sino espiritualmente por obra de la alta temperatura de acontecimientos reales.”

No tengo ningún motivo para defender aquí estos pensamientos. Pannekoek no hace el menor esfuerzo para debilitarlos. Es más cómodo destruirlos reproduciéndolos en la forma más absurda.

Yo quisiera solamente señalar, para evitar malentendidos, que en mi polémica con la camarada Luxemburg trataba el tema de la *huelga de masas compulsiva* [*Massenzwangstreik*] y en mi artículo “[La acción de masa](#)” hablaba de los *desórdenes callejeros*. Afirmaba que éstos, bajo determinadas condiciones, podían producir catástrofes, pero que eran imprevisibles y no podían ser realizadas a placer.

Yo no trataba allí de meras *manifestaciones callejeras*. Éstas no son de ningún modo un factor imprevisible y pueden muy bien ser preparadas y llevadas a cabo por organizaciones políticas y sindicales sin participación alguna de masas no organizadas. Pero la organización de manifestaciones de calle significa nada menos que una “nueva táctica”. Los ingleses practican esta forma desde los días del cartismo y aún en América son comunes desde hace tiempo. En Austria son, desde 1890, una forma efectiva de manifestación.

Yo, en principio, nunca me opuse a la organización de manifestaciones callejeras. Naturalmente, se puede en una u otra oportunidad no estar de acuerdo sobre el momento en que una manifestación es más apropiada, Pero no es esto lo que discutimos, aquí sólo reflexionamos sobre cuestiones fundamentales.

Probablemente en interés de una mayor claridad Pannekoek mezcla manifestaciones en las calles con desórdenes callejeros y huelgas de masas en la olla común de las acciones de masas y hace extensivo lo que digo sobre desórdenes callejeros también a las manifestaciones en la calle. Mi teoría sería la teoría de la práctica de la dirección del partido que tendría como objetivo terminar lo más pronto posible con las manifestaciones callejeras. En realidad ya en 1885 tomé parte en Inglaterra en la táctica de las manifestaciones callejeras, que tan nuevas le parecen a Pannekoek; táctica que en aquella época ya era bastante vieja y desde entonces no he faltado a ninguna de estas manifestaciones en cualquier país en el que me encontraba, seguramente ese es el mejor signo de que también las apoyaba teóricamente. Pannekoek no tiene ningún derecho a atribuirme una teoría y una práctica de las manifestaciones callejeras que no es la mía. Lo repito una vez más: mi teoría del “radicalismo pasivo”, es decir, de esperar la oportunidad adecuada y el estado de ánimo de las masas, dos cosas que no pueden ser calculadas con anticipación ni producidas por decisión de una organización, se refería sólo a los desórdenes callejeros y a las huelgas de masas que quieren forzar una decisión política (por tanto no se refieren a manifestaciones en las calles ni a manifestaciones huelguísticas). Estas pueden ser muy bien producidas ocasionalmente por decisión del partido o del sindicato sin tener en cuenta el estado de ánimo de las masas no organizadas, pero no suponen sin embargo ninguna táctica nueva mientras se mantengan como meras manifestaciones. Actuar por medio de manifestaciones siempre fue parte de la táctica de nuestro partido. La técnica de la manifestación cambia con la modificación de las fuerzas, las condiciones de legalidad y otras circunstancias. En los fundamentos de la táctica no se introduce por tal causa ningún cambio.

3 La actividad revolucionaria

En la actitud frente a las manifestaciones no existe ninguna contraposición fundamental entre Pannekoek y yo. ¿Dónde reside entonces la contraposición? No es fácil descubrirla. Pero a pesar de su reserva para exponer la propia táctica, Pannekoek no puede menos que contraponer a mi táctica “negativa”, al menos una sugerencia de

su táctica positiva. Enfrentado con mi “teoría del radicalismo pasivo”, él habla de “la enseñanza de la actividad revolucionaria del proletariado que en un período de acciones de masas en crecimiento, construye su poder desgastando cada vez más el poder del estado de clases”.

Él se opone a mi “teoría de la espera inactiva, inactiva no en el sentido de que no se continúa con las formas ordinarias del trabajo parlamentario y sindical, sino en el sentido de que deja que las grandes acciones de masas se aproximen como fenómenos naturales; *en lugar de realizarlas activamente e impulsadas cada vez en el momento justo.*”

Las acciones de masas que han tenido lugar hasta ahora, son sólo el comienzo de un período de lucha de clases revolucionarias, en el cual el proletariado mismo, en lugar de esperar pasivamente que catástrofes externas estremezcan al mundo, en constantes ataques y avanzando por medio de un trabajo sacrificado, debe ir construyendo su poder y su libertad. Esta es la “nueva táctica” que, con toda razón, podría ser llamada la continuación de la vieja táctica en su costado positivo.

Más adelante Pannekoek habla en su capítulo sobre la “lucha contra la guerra”, de una “lucha de clases que de una acción a otra crece hasta su máxima intensidad, de la cual emergerá el poder del estado sensiblemente debilitado y el poder del proletariado acrecentado al máximo”. Y finalmente Pannekoek se refiere al proceso de la revolución en el cual la intervención activa del proletariado construye paulatinamente el propio poder y el predominio del capital se desmorona poco a poco”.

Todo esto es sumamente oscuro y misterioso, recuerda más al oráculo de Delfos y a los libros sibilinos que a una fundamentación de una nueva táctica.

Pero tiene algo de consistencia si se piensa que esa táctica es puesta en contraposición a la desarrollada por mí, que exige la construcción de las organizaciones, el ganar toda posición de poder que podamos conquistar y retener con nuestras propias fuerzas la utilización de cada acontecimiento que excite a las masas a manifestar y la utilización de huelgas de masas compulsivas, pero esto en casos raros y extremos, solamente cuando y donde las masas ya no puedan ser contenidas.

Pannekoek exige que la dirección del partido organice una serie de huelgas de masas que habrían de sucederse rápidamente, sin tener en cuenta las derrotas que puedan ocasionar, sin tener en cuenta que las organizaciones pueden ser destruidas. Él calcula que la lucha de por sí va a exasperar a los trabajadores, arrastrará a nuevos contingentes pletóricos de creciente pasión revolucionaria, tanto o más a causa de las derrotas que de los triunfos. Así crecen los contingentes de luchadores a través de la lucha misma y crece su organización (en el sentido de Pannekoek), de una acción a la otra se intensifica la lucha de clases hacia el *proceso de la revolución*.

“Esta es, si he comprendido bien, la opinión de esta mano eminente.”

Si yo hubiera malentendido a Pannekoek, él mismo es responsable de ello, pues tendría que expresarse con mayor claridad. Pero toda su crítica a la táctica defendida por mí sólo se hace comprensible si entendemos la suya tal cual la he escrito más arriba.

En tal caso su táctica se reduce a la exigencia de que la dirección del partido tiene que “organizar” la *revolución*, pero por cierto no directamente, como intentaron hacerlo los conspiradores de los viejos tiempos de las barricadas, sino indirectamente, organizando acciones de masas, no sólo donde prometan un determinado efecto positivo, sino también donde lleven a derrotas y al colapso de las organizaciones, con la intención de provocar la exasperación máxima de las masas. Se da por supuesto que tal exasperación será contra las clases dominantes y no, por ejemplo, contra los propugnadores de esta táctica.

Si no es esta la táctica de Pannekoek, que él mismo diga con mayor claridad qué es lo que entiende por su “enseñanza de la actividad revolucionaria del proletariado en un período de crecientes acciones de masas”. Pero si he comprendido su opinión correctamente, en tal caso es superfluo criticarla. Esta enseñanza no va a hacer escuela entre nosotros.

IV La conquista del poder del estado

1 La destrucción del estado

Sea lo que fuere lo que Pannekoek entiende por la constante alza de las acciones de masas, supone evidentemente que éstas han de sustituir y superar a los modos de actividad hasta ahora utilizados como el esclarecimiento, la organización, la actividad política y sindical:

“Tal como lo hicieron las luchas políticas y sindicales hasta la fecha, las luchas de masas acrecientan la fuerza del proletariado, sólo que en forma mucho más amplia, poderosa y sólida.”

¿Cuál es, sin embargo, el objetivo de esa acción? Aunque Pannekoek considere los resultados de las acciones de masas altamente valiosas para la educación proletaria y su organización, (según él la concibe) las acciones no arrastrarán nunca a las masas si no son otra cosa que ejercicios de alta moral proletaria. A la acción hay que atribuirle un objetivo alcanzable. Acorde con nuestra política hasta ahora, también Pannekoek señala como objetivo máximo de la acción proletaria la *conquista del poder del estado*.

Pero también aquí sabe encontrarle un pelo a la leche. Él afirma:

“La lucha del proletariado no es simplemente una lucha por el poder del estado como objetivo, sino una lucha contra el poder del estado.”

Esto pareciera ser a primera vista sólo una sutileza talmúdica. Pero a continuación dice: “El contenido de la revolución es la destrucción y disolución de los instrumentos de fuerza del estado por medio de los instrumentos de fuerza del proletariado.”

Y más adelante: “La lucha cesa recién cuando el resultado final, la *destrucción total de la organización estatal* es un hecho. La organización de la mayoría ha demostrado su superioridad por medio de la destrucción de la minoría dominante.”

Hasta ahora la diferencia entre los socialdemócratas y los anarquistas consistía en que los primeros querían conquistar el poder del estado y estos últimos destruirlo. Pannekoek quiere ambas cosas. También aquí, desgraciadamente, sin explicaciones más detalladas. Así como se extiende para demostrar la necesidad de su nueva táctica, así de breve y oscuro se torna (semejante a un nuevo Heráclito) ahí donde es necesario exponer la esencia y los objetivos de la nueva táctica.

Él nos traspassa la tarea de rompernos la cabeza para saber qué habrá querido decir realmente. Esto es tanto más difícil pues en ningún lugar explícita Pannekoek qué es lo que entiende por poder del estado.

En otra parte dice: “El poder del estado es la organización de la clase dominante. Ella aparece como la totalidad de los empleados estatales que, distribuidos por todas partes como autoridad entre la masa del pueblo, son dirigidos desde la sede central del gobierno en un sentido determinado. La voluntad unitaria que emana de la cúpula, conforma la fuerza interior y la esencia de esta organización.”

¿Qué es lo que quiere destruir Pannekoek en la organización así caracterizada?
¿El centralismo? Aún una república federada es un estado y tiene un poder estatal.
¿Debemos propugnar la disolución del estado en comunas autónomas?

En el año 1850 el Comité de la Liga de los Comunistas (es decir, en esencia Marx y Engels) hace la siguiente declaración acerca de la revolución que ellos esperaban: "... los democráticos trabajarán directamente por una república federal o, por lo menos, en el caso de que puedan evitar la república unitaria, tratarán de debilitar al gobierno central con toda la independencia posible de los municipios y de las provincias. Los trabajadores deben oponer a este plan y sostener, no sólo la República alemana una e indivisible [Se contaba entonces también con ello en Alemania-Austria. Kautsky], sino también trabajar por la más decidida centralización del poder en las manos del Estado."

(*Enthüllungen über den Kommunistenprozess in Köln*, 1885, página 81
[*Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, Lautaro, Buenos Aires, 1946, página 207, NdE])

Si Pannekoek es de la misma opinión, ¿qué quiere decir él entonces con la "total destrucción de la organización del estado"?

¿Querrá suprimir quizás la función estatal de los empleados de estado? Pero si nosotros en el partido y los sindicatos, no podemos prescindir de empleados, mucho menos entonces será posible hacerlo en la administración del estado. Nuestro programa tampoco exige la supresión de los empleados estatales, sino que la administración sea elegida por el pueblo.

Esa exigencia se puede sólo referir a la elección de los empleados superiores. No se puede estar llamando a elecciones para el nombramiento de cada escribiente.

Seguramente debemos aspirar a otro tipo de utilización de los empleados del estado que la que impera actualmente. Pero su número y significación social apenas si los podremos disminuir, al menos en el marco de la actual sociedad. Nuestra reflexión no versa sobre cómo se ha de constituir el aparato administrativo del "estado futuro", sino sobre si nuestra lucha política ha de disolver el poder del estado *antes de haberlo conquistado*.

¿Qué ministerio con sus empleados podrá ser disuelto? ¿El de educación? Seguramente que no. Nosotros reclamamos aún más escuelas y maestros que los que tiene el estado actual y no queremos transformar las escuelas en privadas. Queremos sólo cambiar la dependencia en que la escuela se encuentra de la iglesia y de las actuales clases dominantes (pero esto no ha de ocurrir por medio de la destrucción del poder del estado sino haciendo que la legislación y el gobierno se pongan al servicio del proletariado).

¿Tal vez el ministerio de justicia? Nosotros debemos aspirar a que se termine con la actual justicia de clase, pero no a que deje de existir la justicia. No van a ser suprimidos procesos civiles porque el proletariado gane en fuerza, porque tampoco cesarán los delitos comunes en tanto exista el capitalismo y sus consecuencias se hagan sentir.

¿Entonces el ministerio de finanzas! Pero no, no podemos suprimir los impuestos. Por el contrario. Cuanto más fuerte sea el proletariado mayores serán las exigencias de reformas sociales que requieren de dinero, esto es, de impuestos. Nuestro objetivo no es la supresión de los impuestos, sino otra distribución de sus cargas, la más amplia aplicación de impuestos a los ricos. Este se transformará en uno de los medios más eficaces de expropiar a los expropiadores. Por lo tanto tampoco debemos prescindir de los recaudadores de impuestos. ¿Y el ministerio del interior, la policía? No, tampoco en este caso es nuestro deseo disolverlos, sino transformar su función. Seguro, no

queremos más ni la policía política ni la de moral pública. Pero tanto más necesitaremos de policía sanitaria, policía internacional, para la persecución de la adulteración de comestibles, para la vigilancia de las fábricas, para que haga cumplir las leyes de seguridad en el trabajo; policía contra los ricos en lugar de contra los pobres.

Queda el ministerio de guerra. ¿Pues no exigimos las milicias? ¿Cómo han de ser posibles ellas sin empleados que se preocupen del equipamiento, sin comandancia, ni instructores para la tropa y oficiales?

No, ninguno de los actuales ministerios podrá ser suprimido por medio de la lucha política contra el gobierno. Si hay algunas funciones del actual gobierno que quisiéramos suprimir, existen muchas otras que quisiéramos agregar a las existentes. Repito, para prevenir malentendidos; aquí no se trata de la formación del estado del futuro, sino de la transformación del estado actual a través de nuestra oposición.

2 Poder del estado y huelga de masas

Si Pannekoek piensa que la lucha de clases del proletariado en su progreso ha de llevar a la destrucción del poder del estado, no ha podido llegar a esa afirmación a través de la investigación de la situación concreta y del estado real, sino, aquí también, por medio de simples especulaciones abstractas. Reduce toda la futura actividad política del proletariado a huelgas de masas, un período de huelgas de masas crónicas. Una huelga de masas sólo puede triunfar si paraliza la organización estatal, si desorganiza los instrumentos de fuerza del poder estatal, a esto se sigue, evidentemente, la lógica conclusión de que el período de huelgas de masas crónicas sólo puede finalizar con la total destrucción del poder del estado. Pannekoek parte de la suposición de que en las luchas que se avecinan, en un primer momento, el poder del estado destrozará las organizaciones proletarias. ¡Luego el proletariado exasperado, destruye con sus acciones de masas la organización estatal y de ese modo, por la destrucción de toda la organización, tanto de un bando como del otro, se ha de construir la organización socialista! Pannekoek olvida que también en el futuro las huelgas de masas sólo serán episodios de la lucha de clases proletaria y nunca todo su contenido. Por cierto una huelga de masas solamente puede triunfar a través de la paralización de los instrumentos de fuerza del estado, pero esa paralización no puede sino ser un fenómeno transitorio, así como la huelga de masas misma. Su misión no puede ser la de *destruir* el poder del estado, sino la de obligar a un gobierno a ceder en una determinada cuestión o a la sustitución de un gobierno enemigo del proletariado por otro más complaciente con él.

3 Gobierno y parlamento

La esperanza de Pannekoek de que la lucha de clases proletaria destruya el poder del estado sería falsa aún cuando nosotros acordáramos con él y consideremos simplemente como sinónimos los medios de fuerza del gobierno y el poder del estado.

Pero los medios de fuerza de un gobierno no son el gobierno mismo, así como las manos no son la cabeza.

Ya Montesquieu sabía que las funciones del estado son de tres tipos y corresponden a tres poderes distintos: el *legislativo*, el administrativo o *gubernante* (ejecutivo) y el *judicial*. Del equilibrio de esos tres poderes en el estado depende, según él, la libertad.

En realidad semejante equilibrio no se encuentra en ninguna parte. En todas partes domina uno de los tres poderes sobre los otros dos. En la mayoría de los estados, el gobierno. En los Estados Unidos los jueces. En Inglaterra el cuerpo legislativo.

Las relaciones de esos tres poderes entre sí y su poder en el estado, dependen de los intereses y la fuerza de las clases en particular. No cualquiera de estos poderes es accesible a cada clase en la misma medida. Cada clase busca fortalecer aquel de los poderes a través del cual cree mejor cubiertos sus intereses, aquel que le resulta más accesible o que a sus adversarios les resulta más difícil acceder.

Mientras la burguesía reconoció en los cuerpos legislativos aquel poder que era para ella el más accesible, pretendió siempre aumentar su participación en el poder estatal en detrimento tanto del gobierno como de los tribunales. Hoy teme la intromisión del proletariado en la legislatura, entonces apoya la prepotencia del gobierno, cuando éste no es demasiado insolente y necio, o bien donde el gobierno es débil como en los Estados Unidos, apoya a los tribunales.

El proletariado tienen razones para oponerse a esto; él debe aspirar a que los cuerpos legislativos dominen sobre gobiernos y tribunales, pero sólo aquellos que facilitan el acceso a sus representantes mientras lucha por eliminar aquellos cuerpos legislativos de los que está excluido (Cámaras Altas, Cámaras de Señores, Senados), Esa es la tarea del proletariado y no la destrucción del poder del estado. Puede que a veces surjan dificultades para su realización que sólo podrán ser superadas por acciones de masas, ocasión en la cual un gobierno enemigo del proletariado podrá ser puesto en jaque mate. Pero jamás puede esto llevar a una destrucción del poder estatal, sino a un *desplazamiento* de las relaciones de poder *dentro del poder estatal*.

4 La decadencia del parlamentarismo

Esta, por supuesto, no es la opinión de Pannekoek, que cuenta con la creciente *impotencia del parlamento*. Aquí nos topamos con la segunda raíz de sus concepciones: que la conquista del poder del estado sea equivalente a su destrucción. La primera raíz la encontramos en la opinión de que en lugar de los métodos de lucha usados por nosotros hasta el momento, entraríamos en el futuro en una era de huelgas de masas crónicas.

Como la idea de la creciente impotencia de los parlamentos, del deterioro del parlamentarismo, juega hoy un papel importante en las discusiones del partido habremos de considerarlo aquí exhaustivamente.

Los fenómenos en los que se apoya esa idea son conocidos y nada es más fácil que comprobarlos. El trabajo legislativo de los parlamentos es cada vez más lamentable, su significación ante el poder ejecutivo cada vez menor. Esto no lo puede negar nadie. Algunos camaradas deducen de ello que nosotros tenemos que ocuparnos cada vez menos de los parlamentos y desplazar el centro de gravedad a las acciones extraparlamentarias de las masas. El parlamentarismo se torna cada vez más indiferente para la lucha de liberación del proletariado. Nada puede ser más equivocado que esta deducción.

¿De dónde proviene la así llamada decadencia del parlamentarismo? El fracaso creciente de los parlamentos en su tarea legislativa no se debe a que su mecanismo se vuelva incapaz de realizar grandes esfuerzos legislativos, sino a que los partidos burgueses, que hoy día conforman sus mayorías, han perdido todo interés en tales esfuerzos.

Hace tiempo que ellos han dejado tras de sí su empuje revolucionario y han acomodado el estado de acuerdo con sus necesidades. Por cierto que la mayoría burguesa se desintegra en diversos grupos con diversos y encontrados intereses.

Pero ninguno tiene grandes objetivos políticos de vastas perspectivas. La contraposición de intereses puede tener un significado solamente allí donde se trate de

impedir una gran renovación que pueda beneficiar a una de las camarillas dominantes. Pero las contraposiciones dentro de las clases dominantes no constituyen en ningún momento un impulso enérgico de avance en *favor* de grandes innovaciones. Una fuerza impulsora semejante está constituida actualmente, tanto en el parlamento como en la sociedad, solamente por el proletariado. Esta situación se refleja en los parlamentos pues el parlamentarismo no es más que la imagen de los correspondientes intereses y las relaciones de poder en la moderna sociedad. No es su mecanismo lo que falla sino la mayoría burguesa la que pone cada vez más trabas a su funcionamiento. Se cambia la mayoría y el mecanismo se pone nuevamente en movimiento.

Pero es también la mayoría burguesa la que hace que los gobiernos ganen en fuerza y significado frente a los parlamentos. Pese a todos los impedimentos que se oponen a la entrada de los representantes proletarios en ningún lugar pueden ser mantenidos alejados de él y en todos penetran irresistiblemente. Los gobiernos están por el contrario en todas partes en manos de las clases dominantes. A veces, en algún gobierno son permitidos “ministros socialistas”, pero no como luchadores por la causa del proletariado, sino como asalariados de la burguesía que pueden ser despedidos en cualquier momento si no responden a las expectativas de sus mandantes.

Para el proletariado es hoy más difícil acceder a los gobiernos por sus propias fuerzas que a los parlamentos. Por eso la burguesía, por regla general, no tiene ningún interés en fortalecer el poder del parlamento frente al ejecutivo.

Por cierto se llegan a contraposiciones entre partidos burgueses y el gobierno, pues ningún gobierno puede satisfacer los intereses de todos los elementos propietarios, a veces bastante contradictorios, o disponer de puestos bien pagados para los ambiciosos de todos los partidos. Pero ninguna contradicción entre un gobierno y un partido parlamentario burgués llega a hacerse tan violenta como para que el partido se embarque en una enérgica lucha por el fortalecimiento del parlamento.

¿Quiere decir todo esto que de ahora en adelante los proletarios se deben apartar del parlamento para buscar en las acciones de masas sus objetivos?

5 Acciones directas

Al parecer, esto es lo que Pannekoek supone. Él se refiere a los males del capitalismo moderno: “Los impuestos, la carestía, el peligro de guerra, vuelven imprescindible una defensa encarnizada. Pero estas calamidades sólo en parte tienen su origen en resoluciones parlamentarias y por tanto sólo parcialmente pueden ser combatidas en el parlamento. Las masas mismas deben hacer acto de presencia, hacerse valer en forma directa y ejercer presión sobre la clase dominante. Y a ese *deber* se agrega el *poder* producto de la fuerza creciente del proletariado; entre la impotencia del parlamento y de nuestra fracción, en él, para combatir estos peligros, surge una contradicción cada vez más profunda con la creciente conciencia de poder de la clase trabajadora. De ahí que sean las acciones de masas una consecuencia natural del desarrollo imperialista del capitalismo moderno y se transformen cada vez más en formas necesarias de lucha contra el mismo.”

Esto parece una defensa de la acción directa, ya que el parlamento y nuestra fracción parlamentaria se muestran impotentes. “Actividad política extraparlamentaria”, como le llama Pannekoek en otro lugar, es decir, llama la atención que sea exigida esa acción directa señalando que sólo una parte de los males del capitalismo moderno tienen su origen en decisiones del parlamento y pueden ser curados en él. La “acción directa” tiene en cambio la finalidad de reemplazar o chantajear decisiones parlamentarias. Males del capitalismo que no pueden ser suprimidos con acciones políticas, son en parte

aquellos que tampoco pueden ser suprimidos mediante alguna “presión a las clases dominantes”, como por ejemplo las malas cosechas, los progresos técnicos en la producción del oro, etc. Otros pueden ser suprimidos por acciones no-políticas como por ejemplo los bajos salarios. Luchas salariales directas con los empresarios no han sido sin embargo llamadas, hasta ahora, “acciones directas”; no conforman de ningún modo algún tipo de táctica nueva, específica de la época del imperialismo.

Así pues, solo resta como causal de la nueva táctica, la creciente contradicción entre “la fuerza en aumento del proletariado” y la “impotencia del parlamento y de nuestra fracción parlamentaria” para combatir los males del capitalismo. Pero en realidad, las mayorías actuales en los parlamentos no son *impotentes*, sino que *no desean* atacar a esos males. *Dispuestos* a ello están solo nuestras fracciones en el parlamento.

Por supuesto, Pannekoek comprueba que son impotentes. Y él supone evidentemente que deben continuar siendo impotentes.

Aquí estamos frente a una grosera contradicción; la clase trabajadora se hace cada vez más poderosa y su fracción en el parlamento cada vez más impotente. El final ha de ser la sustitución de la lucha parlamentaria por la lucha de masas que es la única que promete resultados palpables. Pannekoek tampoco se expresa sobre esto con claridad, pero parece ser su concepción, pues él habla “del *significado histórico* del método de lucha parlamentario durante la época en la cual el proletariado, aun débil, se encontraba en la fase de su primer ascenso.” Se puede deducir de esto que Pannekoek opina que ese método no se adapta a un proletariado fuerte que hoy sólo tiene un “significado histórico”.

Sin duda existe entre la impotencia (¿quizás impotencia creciente?) de la fracción socialista en el parlamento y una creciente fuerza del proletariado una enorme contradicción (pero por suerte no existe en la realidad). La fuerza del proletariado en el parlamento y fuera de él están en estrecho efecto recíproco, ellas pueden avanzar en dirección contraria cuanto más temporariamente, pero nunca permanentemente. Una de las partes refuerza a la otra.

Pannekoek supone que las acciones de masas del proletariado ejercen una presión cada vez más fuerte sobre las clases dominantes y de tal modo compensan con creces la creciente impotencia de las fracciones en el parlamento. ¿Cómo puede ocurrir esto si se trata de fenómenos que son determinados por decisiones parlamentarias? Produciendo resoluciones parlamentarias. La acción de masas, como ser la huelga de masas, ejerce tal presión sobre la mayoría burguesa en el parlamento que se ve obligada a tomar una decisión en interés del proletariado. Así tenemos que imaginarnos, según Pannekoek, la creciente fuerza del proletariado a través de las acciones de masas.

Pero, ¿qué papel juega en esto la fracción socialista en el parlamento? ¿La del espectador impotente? Aquello que la mayoría burguesa ha aceptado por la presión de la huelga de masas, es algo por lo cual la fracción socialista ha luchado enérgicamente. El triunfo de la acción de masas es también su triunfo. Las masas no pueden acrecentar su fuerza política sin que se acreciente al mismo tiempo la fuerza de sus representantes en el parlamento.

Sólo se puede hablar de impotencia de la fracción socialista en el parlamento allí donde la acción de masas del proletariado es aún impotente. Es un sinsentido imaginarse las acciones de masas en irresistible avance y la fracción parlamentaria en una impotencia total. Pero si las acciones de masas están en condiciones de fortalecer a la fracción socialista en el parlamento, también ocurre lo mismo a la inversa. Miremos a Inglaterra, donde la influencia ejercida sobre el parlamento por las acciones de masas está siendo actualmente desarrollada y donde podemos estudiar la esencia de las

acciones de masas modernas, mucho mejor que en la Rusia del período revolucionario con sus condiciones tan distintas de las de Europa occidental, su carencia de cualquier organización proletaria de masas, de la menor libertad de coalición, de reunión, de prensa, etcétera.

Contemplemos por ejemplo la última huelga de las minas de carbón en Inglaterra. Por medio del movimiento de masas los mineros del carbón obligaron a la mayoría liberal en el parlamento y a su gobierno a ir a su encuentro mediante un acto legislativo. Si esto, observándolo más de cerca, se demostró en alto grado insuficiente, la culpa de ello reside ante todo en las condiciones insatisfactorias del partido obrero. Si la fracción obrera en la cámara baja fuese más numerosa, más disciplinada y firme frente a los liberales, los trabajadores habrían logrado más.

Por tanto no decidió sólo la fuerza de las acciones de masas sobre la resolución del parlamento, sino también la fuerza de la fracción socialista. Los mineros del carbón hubieran tenido más éxito si los trabajadores ingleses se hubieran preocupado más por su propia representación en el parlamento.

Por otra parte, su representación hasta el momento, tan imperfecta como ella es, ya ha repercutido positivamente en la fuerza de las masas proletarias. Estas no son un sector tan homogéneo como lo parece suponer Pannekoek. Están formadas por trabajadores de distintos oficios con condiciones de trabajo y de vida muy diversas y con intereses muy distintos. La organización sindical tiene en principio la tendencia de llevar a un primer plano esas diferencias y no permitir que se hagan conscientes los intereses comunes. La organización de un partido obrero especial, cuya expresión más visible se encuentra en la fracción socialista en el parlamento, actúa por el contrario en dirección opuesta: él desarrolla en las masas la conciencia de sus intereses de clase comunes, tanto más cuanto más animadamente participe en los trabajos parlamentarios en forma independiente y cuanto más interesan a la población estos trabajos. Trabajos teóricos sobre la conciencia de clase son leídos sólo por una pequeña minoría. Las enseñanzas prácticas de la actividad parlamentaria influyen en la totalidad de la población. Allí mismo donde la fuerza impotente de la fracción socialista pudiera ser tan mínima que fuera incapaz de modificar en lo más mínimo el carácter de la legislación y la administración del estado, puede tener un gran efecto práctico haciendo consciente en amplias capas del proletariado la comunidad de sus intereses haciendo posible un real movimiento de masas. Sin fracción parlamentaria no existe ninguna acción de masas común a todas las capas proletarias en países con organización sindical desarrollada.

El particularismo sindical fue hasta ahora una de las más grandes debilidades del movimiento obrero inglés que comienza a ser superado. Los sindicatos han iniciado su unificación en grandes asociaciones por industrias, como en Alemania, por otro lado se reúnen en acciones comunes trabajadores organizados y no organizados, especializados y no especializados. Todo esto a partir de que existe un partido obrero típico. A pesar de sus faltas y errores, debió ser saludado con alegría, no como una creación perfecta, sino como el único medio de unificar a las masas proletarias, quienes habrán de aprender, actuando mancomunadamente, a influir a su fracción y darle la forma adecuada; ciertamente un dificultoso y largo proceso a la manera inglesa, un aprendizaje que ha de costar muy caro. Pero los métodos de cada país se han desarrollado históricamente y no pueden ser modificados a capricho. Nosotros progresaremos más tratando de comprenderlos que frunciendo la nariz ante ellos.

Sea como fuere, entre las acciones del proletariado fuera y dentro del parlamento existe una íntima correlación, una estimula la otra, una crece con la otra; es un absurdo afirmar que en un campo crece la impotencia, y en el otro la fuerza.

6 Cretinismo parlamentario y de otro tipo

Se podría hablar de la creciente impotencia de la fracción socialista en el parlamento sólo si se aislara completamente, si perdiera toda relación con el movimiento total del proletariado, si volcara su interés sólo a la actividad parlamentaria, es decir si cayera en esa parcialidad que Marx describe como cretinismo parlamentario. El parlamentarismo *aislado* de fracciones socialistas está condenado a una creciente impotencia frente al creciente desgano de las mayorías burguesas y sus gobiernos de hacer aunque más no fuere las concesiones más imprescindibles al proletariado.

Lo mismo es válido hoy para juzgar cualquier aislamiento de una parte del movimiento proletario del conjunto. Frente a las asociaciones de empresarios que crecen, ni los sindicatos de las más importantes ramas industriales pueden competir con acciones aisladas.

Por otro lado las cooperativas, para defenderse de sus enemigos necesitan del apoyo del partido y del sindicato.

Y se abren siempre nuevas tareas al proletariado con conciencia de clase, que necesitan de la confluencia de sus diversos factores; recordemos, por ejemplo, al movimiento juvenil.

Las fuerzas del adversario crecen; crece su riqueza con el aumento de la explotación. Se unifica cada vez más estrechamente con la creciente centralización del capital. Frente a esto es necesario unificar cada vez más las fuerzas del proletariado en organizaciones y acciones de masas. Una de las más importantes formas de esa unificación es la vinculación de la acción parlamentaria y sindical, como nos muestra Inglaterra en los últimos tiempos, en algunos casos prácticos de gran importancia.

En todo esto nosotros no esperamos una creciente falta de significado ni de los sindicatos ni de las fracciones socialistas en los parlamentos, sino más bien un poderoso crecimiento de sus tareas y de sus luchas y por consiguiente también de su significación. No es posible prever los resultados particulares de estas luchas, su resultado en conjunto ha de ser el aumento de la fuerza de la clase trabajadora, pero junto con este aumento, también el de los sindicatos y de las fracciones socialistas en los parlamentos.

Y el objetivo de nuestra lucha política sigue siendo el mismo: la conquista del poder del estado por la obtención de una mayoría en el parlamento y el ascenso del parlamento al dominio del gobierno. De ninguna manera perseguimos la destrucción del poder del estado.

¿De qué modo querría entonces Pannekoek introducir la forma de producción socialista, sino por medio de medidas legislativas sobre política tributaria, protección de los trabajadores, política de vivienda, esta estatización y paso a la comuna de ramas industriales, restitución de la propiedad comunitaria sobre el suelo, ante todo de los terrenos urbanos para la construcción, de las minas, de los grandes complejos agropecuarios, de las tierras de arriendo?

¿Por qué medios quiere Pannekoek regular estas relaciones, si no es por medio de un poder estatal proletario? ¿Y de dónde ha de provenir éste si por la acción de las masas ha de ser destruido todo poder del estado? Tanto la concepción de que la más perfecta organización del proletariado es la ausencia de organización; como la de que la acción de las masas bajo la forma de huelgas políticas de masas ha de ser el estado permanente y normal del movimiento obrero en el futuro, y que la dirección del partido tiene la obligación, siempre y en todas partes, de organizar tales acciones, son tan igualmente insostenibles como la concepción de que la lucha por el poder del estado significa una lucha por la destrucción del poder del estado.

Si este es el contenido de la nueva táctica que representa Pannekoek (y sus escasas alusiones nos dan la razón para suponerlo) entonces nosotros debemos rechazarla decididamente.

Yo me mantengo en la concepción con cuya formulación concluí, hace un año, mi serie de artículos sobre la acción de masa:

“Construcción de la organización, ganar todas las posiciones de poder que podamos conquistar y mantener con nuestras propias fuerzas, estudio del estado y la sociedad y esclarecimiento de las masas: nosotros y nuestras organizaciones no podemos plantearnos, hoy por hoy, otras tareas en forma consciente y planificada,”

Huelgas de masas políticas y desórdenes callejeros pueden generar, sólo en épocas excepcionalmente agitadas, una fuerza significativa para apoyar algunas de nuestras exigencias. Cuanto mayores sean las contradicciones de clases, cuanto más exasperadas estén las masas, tanto más a menudo podremos esperar esas explosiones. Pero éstas sólo pueden ser relativamente previsibles y no deben ser consideradas como método permanente y normal de la lucha de clases proletarias.

Llevar a todo el movimiento obrero a acciones de masas de ese tipo no significa otra cosa que, en lugar de viejas parcialidades, para las cuales Marx, acuñó la palabra de cretinismo parlamentario, colocar una nueva, que si queremos mantenernos en la imagen, podríamos calificar como cretinismo de las acciones de masas.

Alejandría Proletaria

germinal_1917@yahoo.es

Valencia, julio de 2018



[Consulta nuestro catálogo](#)

Edicions internacionals Sedov



[Y el de nuestro sello hermano](#)
